

Jueves, 3 de Mayo de 2007, S. Felipe y Santiago el menor: Jn 14, 6-14

Hoy celebramos en la Iglesia a dos apóstoles, que no son de los más relevantes, pero son dos de las columnas de la Iglesia y que le fueron fieles a Jesús y fueron predicadores del Evangelio hasta dar su vida. Sería emocionante para los dos el día en que Jesús les escogió entre otros compañeros para acompañarle.

De san Felipe encontramos en el evangelio cuatro momentos, además de la llamada a los doce. Era de Betsaida, lugar junto al lago de Genesaret, de donde eran otros apóstoles. Un día, quizá por las orillas del lago, Jesús le llamó y aceptó seguirle. Es posible que antes fuera discípulo de Juan Bautista. Felipe se entusiasmó. Parece que era entendido en las Escrituras, hombre bueno y sencillo. El hecho es que fue en busca de su amigo Natanael y le dijo: "Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés y los profetas". Siguió a Jesús y parece ser que Jesús confiaba en ese hombre sencillo, calculador, pero ingenuo, con quien se podían hacer ciertas bromas. Así Jesús, cuando iba a hacer el milagro de la multiplicación de panes y peces, le preguntó a Felipe sobre cuántos panes harían falta para alimentar a aquella gente. Y Felipe calculó inocentemente: Harían falta más de doscientos denarios.

Parece que el nombre de Felipe era griego y es posible que entendiera esa lengua. El hecho es que en la entrada triunfante en Jerusalén unos griegos querían ver a Jesús y para ello acudieron a Felipe, quien, uniéndose con Andrés, les llevaron a Jesús. Hoy el evangelio nos trae la última intervención de Felipe. Fue en la Última Cena. Jesús estaba explicando que El era el Camino para ir al Padre. Entonces Felipe le hace una súplica a Jesús: "Muéstranos al Padre y eso nos basta". A esta súplica Jesús contesta con una doctrina maravillosa donde nos expone la esencia íntima de su personalidad. A Dios nadie le puede ver, pero, si vemos a Jesús, si conocemos a Jesús y vivimos como El, ya estamos viendo al Padre. Esta vida es un anuncio vivo de lo que será el cielo en compañía de Dios Padre. Lo que hace falta es conocer lo más posible a Jesús para poderle imitar. Y sabemos que lo principal en Jesús es el amor.

Santiago era hijo de Alfeo. Se le llama el Menor para distinguirlo de Santiago, el hijo de Zebedeo y hermano de san Juan Evangelista. Se le llama también "hermano" de Jesús por cierto parentesco, quizá muy cercano. Por ello, después de la muerte de Jesús, la primitiva comunidad le tuvo en mucho aprecio y quedó como jefe de la iglesia primitiva de Jerusalén. En el evangelio sólo se le nombra en las listas de los doce; pero su relevancia comienza después de la muerte y resurrección de Jesús. San Pablo le nombra como uno de los principales testigos de la resurrección de Jesús, y, cuando después de convertido, debía Pablo presentarse a los apóstoles, tuvo mucho interés en hablar con Pedro y Santiago.

Parece ser que Santiago era un hombre recto, de ideas muy tradicionales, formado en el judaísmo tradicional, ideas que quería conjuntar con el nuevo cristianismo en el concilio de Jerusalén, que él mismo

presidía con san Pedro. Al fin aceptó lo más conveniente para los judíos convertidos y para los paganos que no conocían la ley de los judíos. Era tan piadoso, que los mismos judíos le llamaban “el justo”. Cuando san Pedro marchó a evangelizar a otras regiones, Santiago quedó como obispo o responsable de la cristiandad de Jerusalén. Murió mártir por los judíos fanáticos.

Escribió una carta, que aparece en el Nuevo Testamento. Proclama el Reino de Dios como reunión de la humanidad. Habla contra los pecados de la lengua y sobre todo dice palabras fuertes contra los ricos que maltratan a los pobres, insistiendo que la fe no sirve si no hay obras de justicia. A nosotros Dios también nos llama a seguir a Jesús. Recordemos que unidos a Jesús estamos unidos con el Padre. Y si oramos unidos con Jesús, nuestras oraciones serán gratas ante Dios nuestro Padre, que nos espera en el cielo.

5ª semana de Pascua. Martes: Jn 14, 27-31

En estos días la Iglesia nos presenta palabras de Jesús en la Última Cena. Eran palabras de consuelo, ya que se respiraba un aire de triste expectación, después de que Jesús había declarado la traición de Judas y la cobardía de Pedro. Pero eran también recomendaciones que Jesús les volvería a dar antes de subir al cielo. Por eso la Iglesia nos las recuerda en estos días antes de celebrar la Ascensión de Jesús.

La paz es un grandísimo don, que es difícil conseguir. En el mundo llaman paz sólo a la ausencia de guerras o a vivir despreocupados de la vida de los demás. Pero esa no es la verdadera paz. Hoy Jesús les da la verdadera paz, que más bien es un deseo, porque nosotros debemos cooperar en la infusión de esa paz, que sí les daría Jesús resucitado a los apóstoles. Sobre todo es un don del Espíritu Santo, como lo tendrían el día de Pentecostés, preparados como estaban con la oración en unión de la Madre María. La paz verdadera no es sólo algo externo, sino que proviene de la paz en el corazón. Esta paz es un fruto del amor y de cumplir la voluntad de Dios.

En las últimas palabras correspondientes al evangelio de hoy les da Jesús a los apóstoles una recomendación contra el enemigo de todo lo religioso, contra quien se proclama como príncipe de este mundo, que es el demonio. Ciertamente que hay muchos que están bajo el dominio de este “príncipe”, porque están dominados por los vicios y pecados. Hoy nos dice Jesús que ese “príncipe” no tiene ningún dominio sobre Él, porque siempre cumple la voluntad del Padre. Esa es la gran enseñanza que nos da a todos hoy el Señor: Si queremos que el demonio no tenga poder alguno sobre nosotros ni en esta vida ni en la eterna, debemos hacer todo lo posible para cumplir siempre la voluntad de Dios.

No es siempre fácil cumplir la voluntad de Dios, porque no siempre es fácil conocerla. Tenemos los mandamientos de Dios, los mandamientos de la Iglesia y los deberes propios de cada uno según las muchas circunstancias de la vida. También la ayuda del Espíritu Santo. Inmediatamente antes de hablar Jesús a los

apóstoles sobre la paz, les había dicho que iban a tener esa ayuda del Espíritu Santo. Es Dios que vive en nuestro ser y a quien podemos y debemos pedir la paz como fruto del amor,

Cuando Jesús les dice a los apóstoles que el demonio no puede nada contra El porque cumple la voluntad del Padre, nos enseña también que el cumplir la voluntad del Padre no lo hace por puro servilismo, sino por amor. Al final llegamos, como en todo lo de nuestra religión, a que el amor debe ser el motor de toda actividad y el principio de todas las gracias de Dios.

Jesús vivía en unión íntima con su Padre celestial. Aunque iba a tener muchos sufrimientos, su alma permanecería en la paz y su gran alegría sería volver resucitado a su Padre. Y si Cristo vuelve al Padre, debe ser también para nosotros motivo de alegría, porque además no le perdemos, sino que, estando con su Padre, está más cerca de nosotros. Esto es lo que quiere decir Jesús hoy. La presencia de Jesús, sobre todo en la Eucaristía, nos debe llenar de paz. Jesús va al Padre pasando por la muerte y una muerte de cruz. La Iglesia en general también pasa por cruces y persecuciones de las fuerzas mundanas; pero como Cristo triunfó, también nosotros, si seguimos unidos a Jesús, triunfaremos del mal.

Hoy es un día para pedir la paz para cada uno de nosotros: esta verdadera paz, que es primicia de salvación. Es un don de Dios, y por eso lo pedimos; pero es también una consecuencia de nuestra vida impregnada de amor. La Virgen María, entre tantos títulos, es la "Reina de la Paz". Pasó momentos muy terribles, sobre todo en la Pasión de su hijo; pero siempre en lo más profundo de su alma estaba el Dios de la paz y vivía con El. Que ella nos ayude en medio de las dificultades de la vida, para que sintamos la serenidad de conciencia y el vivir en la verdadera paz.

5ª semana de Pascua. Miércoles: Jn 15, 1-8

Hoy nos habla Jesús de lo necesario que es estar en unión con El, si queremos tener la vida eterna. Estas palabras pertenecen al largo discurso de Jesús en la Última Cena. Quizá san Juan reúne aquí cosas importantes que Jesús les habría dicho a los apóstoles en diversas ocasiones. Una de esas cosas importantes es que para conseguir la vida eterna debemos dar en nuestra vida frutos buenos espirituales. Por eso nuestra vida debe estar unida a la vida de Jesús. Para que lo entendamos mejor pone el ejemplo de lo que pasa con un árbol frutal: Si la rama está unida al árbol puede dar buen fruto, porque le llega la savia del tronco; pero si se la corta cuando está comenzando a tener las primeras hojas, no puede dar fruto, porque no tiene la savia.

Pone el ejemplo del arbolito que produce las uvas, que es la vid y que era muy frecuente y estimado en Israel. Además el ejemplo es muy propio porque las ramas de otros árboles, cuando se cortan, pueden servir para algo más; pero las ramas de la vid, que se llaman los sarmientos, sólo valen para ser quemadas. Otra cosa es el podar, que es cortar en invierno las ramas secas para que no entorpezcan a las nuevas que van a salir. Esto es también

un ejemplo para la vida espiritual, pues muchas veces Dios permite las dificultades o pruebas, para que, si las sabemos superar, nos sirvan para progresar en esa vida del espíritu. No es que tengamos que buscar el dolor directamente, sino que el que ya nos viene, si lo sabemos llevar como dolor redentor, nos proporcionará una gracia y gloria muy grande. Todo si lo hacemos por amor.

En la vida encontramos muchas cosas para hacer. Y de hecho se hacen muchas cosas maravillosas y aun en el plano eclesial o apostólico. Si eso lo hacemos por egoísmo, sin estar unidos a Dios por medio de la gracia, no sirven para la vida eterna. Sin embargo cualquier trabajo sencillo y pobre, hecho con mucho amor a Dios, nos dará un gran fruto para la vida eterna. Por lo tanto nuestro esfuerzo primero y fundamental será vivir en gracia; es decir, no vivir en pecado grave, que es el que nos separa de Cristo. Se supone que debemos tener fe para creer que lo más importante en nuestra existencia es poder conseguir la vida eterna, la que nunca se terminará, y que comienza después de nuestra muerte, ya que creemos que Dios nos ha creado para algo maravilloso, como es estar con El para siempre.

No nos tenemos que contentar con tener la gracia fundamental, pues entonces muchas veces estaríamos rozando el abismo. Si queremos estar siempre unidos con Jesús, debemos hacer algo continuamente para crecer en esta unión y amistad. Para ello tenemos muchos medios. Uno muy principal es participar íntimamente en la Eucaristía. De hecho todos los sacramentos son para darnos o aumentarnos la gracia, que significa unión con la Santísima Trinidad. Alguno puede preguntar: ¿Y qué pasa con tantas personas que no han podido conocer a Jesucristo? Dios, que es Padre bondadoso, tendrá sus medios especiales, si la persona tiene buena voluntad y cumple lo que siente en lo íntimo de su alma. Pero nosotros, que tenemos esa suerte de haberle conocido, estimemos su amor y correspondamos a ese amor cumpliendo su palabra y aumentando nuestro amor por medio de la oración o trato íntimo con Dios.

El ejemplo de la vid y la viña ya varios profetas lo habían expresado viendo el amor de Dios hacia su pueblo. El ejemplo de Jesús no es sólo para que estemos unidos con El, sino también con los hermanos: unos con otros. Una rama está íntimamente unida con otra rama porque les une la misma savia. Así los que están con Cristo les une la misma gracia, que es la misma sangre de Jesús vivificante entre nosotros. Cuando participamos en la Comunión recibimos el mismo alimento, el mismo bocado: Jesús.

Una persona es santa si su manera de pensar es la de Jesús, y su manera de ver las cosas y de actuar en la vida es hacer todo según la voluntad de Dios. Esa fue la gran espiritualidad de la Virgen María, a pesar de que sólo hizo cosas muy pequeñas.

Jesús está hablando a los apóstoles de unión en su despedida. Aunque va a morir, la unión por el amor es tan fuerte que le hará estar permanentemente con nosotros. Les había puesto el ejemplo de la vid y los sarmientos para expresarles la unión íntima que quiere tener con nosotros. Ahora les dice en qué consiste esa unión: en el amor.

Es maravilloso saber que el amor con que Jesús nos ama es el mismo con que El es amado por el Padre. Estamos destinados, aunque sea un ideal, a tener en nosotros, hacia Dios y hacia los demás, el mismo amor y la misma unión que hay en la Santísima Trinidad. Es un ideal, que queda truncado, ya que la realidad nos dice que nos dejamos llevar de los instintos materiales, como el egoísmo y la vanidad. Entonces ¿Cómo podemos permanecer unidos en el amor? Jesús hoy nos dice que, si queremos estar y permanecer unidos en el amor, debemos cumplir los mandamientos.

Cumplir los mandamientos del Señor debe ser nuestro ideal y el esfuerzo de todas nuestras energías. Sabemos que el principal mandamiento es el amor. Así que se da como un círculo: amamos si cumplimos los mandamientos y estamos cumpliendo los mandamientos cuando amamos de verdad. Es lo mismo que hacer la voluntad de Dios. Varias veces dice Jesús que El había venido para cumplir la voluntad del Padre. Es nuestro ejemplo. No todo le era fácil. Su instinto humano también le hacía rechazar las amarguras de la Pasión hasta sentir agonía; pero el deseo de hacer la voluntad de su Padre, que era para nuestro bien, le hacía aceptar esas amarguras y dificultades.

A veces nosotros ponemos demasiado incapié en las dificultades de la vida y, pensando de forma materialista, nos parece que la religión y lo que Dios nos manda, el hacer su voluntad, es algo triste y pesado. Y a veces hasta damos esa impresión los cristianos a otros que no tienen fe. Pero hoy nos dice Jesús que el cumplir la voluntad de Dios, que es sobre todo amor y unión, debe darnos mucha **alegría**. Es el gran mensaje que hoy nos da Jesús. El cristiano, por el amor, se une más a Jesús y por lo tanto se une en la alegría que El experimenta al estar unido con su Padre.

Claro que en este mundo la alegría nunca será plena, porque nunca será total la unión con Jesucristo; pero vamos caminando hacia ello, y cuanto más empeño pongamos en conseguirlo, más alegría tendremos. Consiguiendo cosas y éxitos materiales podemos tener alegrías, que son pasajeras, y la mayoría de las veces mezcladas con grandes tristezas, sobre todo si se pierden algunos de esos bienes. La alegría de estar unido a Jesucristo persevera y debe ir aumentando. Si viéramos el fondo del alma, veríamos que los santos han sido las personas más alegres. Muchas veces no lo vemos, aunque la mayoría de las veces lo expresan externamente.

La alegría es el signo del verdadero creyente. Si se ama, se puede ser feliz hasta en las circunstancias más difíciles. Claro que tiene que ser verdadero amor. Porque la realidad es que tenemos tan íntimamente metido en nosotros el egoísmo que es difícil diferenciarlo del verdadero amor. Este egoísmo es el que nos hace imposible sentir la alegría clara y diáfana del amor. El amor que da alegría es el que sabe ver la vida en sentido positivo, el que va en contra de la desesperanza, del pesimismo, el miedo y el temor. Es el que sabe aceptar las faltas,

alabando a Dios, después de que hay un sincero arrepentimiento y acción de gracias a Dios Padre que nos da la vida, soporta nuestras faltas y nos perdona, a Dios hijo que nos ha redimido y sigue unido con todos por la Eucaristía, y a Dios Espíritu Santo, que nos ayuda con sus gracias y dones.

Contemplemos a María, la Madre, que fue la que más unida estuvo con el Señor. En su corazón debía tener una paz y alegría plena por su actitud continua de hacer la voluntad de Dios. También sufrió inmensamente, por estar tan unida a Jesucristo, su Hijo; pero también gozó como nadie sabiendo que había resucitado y gozará como nadie en el cielo. Que nos ayude para tener la alegría plena en el amor.